

Jacob y Wilhelm Grimm

HERMANITO Y HERMANITA

Y OTROS DIECISÉIS CUENTOS QUE NO ESTÁN
EN LOS LIBROS

Ilustraciones de
Noemí Villamuza



En diciembre de 2012 se conmemora el bicentenario de la publicación de los cuentos de los hermanos Grimm.

Esta edición reúne diecisiete historias que no fueron objeto de las alteraciones llevadas a cabo por Wilhelm, y son, por tanto, las que se hallan más cerca de la fuente de la que fueron extraídas. Con su lectura se comprenderá cuán larga y dificultosa fue la tarea de ambos hermanos desde el momento en que iniciaron el proceso de fijación escrita de los primeros textos recopilados hasta llegar a las versiones que conocemos en la actualidad.

Estos cuentos son prácticamente desconocidos para el gran público, pues todos ellos aparecieron en revistas o periódicos, de forma aislada y al margen de las numerosas ediciones de la colección realizadas en vida de los hermanos. Precisamente por ello han permanecido así con su forma original.

El cuento del fiel compadre gorrión

Érase una vez una cierva que había dado a luz a un cervatillo y le pidió al zorro que fuera su padrino. El zorro invitó a su vez al gorrión y el gorrión quiso también invitar al perro, su amigo particular. Pero al perro su amo lo había atado a una cuerda, porque en una ocasión había regresado a casa completamente borracho. El gorrión dijo:

—Eso no tiene mucha importancia —y fue picoteando uno tras otro los hilos de la cuerda hasta que el perro quedó libre.

Entonces fueron juntos al banquete del compadre y se divertieron mucho, pero el perro se olvidó de su situación y volvió a excederse con el vino; al volver a casa iba tambaleándose y acabó tumbándose en medio del camino. Acertó entonces a pasar por allí un carretero y estaba a punto de atropellarlo.

—Carretero, no lo hagas —le gritó el gorrión—, te costará la vida.

Pero el carretero no le prestó atención y pasó sus caballos justo por encima del perro, y las ruedas del carro le partieron las patas. El zorro y el gorrión arrastraron al compadre hasta casa; cuando su amo lo vio dijo que estaba muerto y se lo dio al carretero para que lo enterrara. El carretero lo cargó en el carro y continuó su marcha. El gorrión iba siempre a su lado exclamando:

—¡Carretero, te costará la vida!

O bien se posaba sobre la cabeza de un caballo y exclamaba:

—¡Carretero, te costará la vida!

El carretero se enfadó, echó mano a su azada y la levantó para golpearle, pero el gorrión salió volando y el carretero le dio a su caballo en la cabeza, de forma tal que cayó muerto. Así pues, continuó su camino con los otros dos; entonces el gorrión regresó, se posó en la cabeza del otro caballo y exclamó:

—¡Carretero, te costará la vida!

El carretero volvió a darle un golpe, pero sólo acertó al caballo, que cayó muerto. Con el tercero ocurrió exactamente lo mismo: el carretero estaba furioso y no esperó mucho, sino que lanzó el golpe al instante, de modo que ahora todos sus caballos estaban muertos y tuvo que dejar allí el carro. Regresó a casa enojado y envenenado, y se sentó detrás de la estufa, pero el gorrión llegó volando, se posó ante la ventana y exclamó:

—¡Carretero, te costará la vida!

Éste, furioso, le da un golpe a la estufa, y como el pájaro va saltando de un lado a otro, acaba dándole a todos sus enseres y a las paredes de su casa. Por fin atrapa al pájaro:

—¡Ahora te tengo! —se lo mete en la boca y se lo traga.

Pero el gorrión empieza a mover las alas dentro del cuerpo del carretero, aleteando llega hasta su boca, saca la cabeza y exclama:

—¡Carretero, te costará la vida!

Entonces el carretero le da la azada a su mujer:

—¡Mujer, quítame al gorrión de la boca de un golpe!

Pero la mujer falla el golpe y le da en la cabeza al marido, que cae muerto al instante, y el gorrión se largó de allí.

Publicado en el primer volumen del *Deutsches Museum* (Museo Alemán) editado por Friedrich Schlegel. Viena, 1812, pp. 412-414.

El cuentecillo del ratón furtivo



Gundram, un rey de la antigua Franconia, vivió en la segunda mitad del siglo VI, y se lo ensalza frente a otros muchos por haber sido un gobernante piadoso, clemente y bondadoso. Un día fue al bosque a cazar con muchos de sus vasallos. Pero aconteció, como suele ocurrir, que unos y otros se fueron perdiendo por el camino y al final el rey se quedó solo en la espesura con uno que le era especialmente fiel y lo quería mucho. A causa del calor y la fatiga le so-

brecogió entonces un gran cansancio, reclinó la cabeza sobre el regazo de su acompañante y se durmió. Estando así dormido, el fiel sirviente que lo vigilaba vio de repente a un animalito que salía en silencio de la boca del rey y se marchaba corriendo. Allí cerca había un arroyo muy pequeño; hasta él se dirigió el animal yendo de un lado para otro, pues quería cruzarlo, pero no podía. Cuando el compañero de armas lo vio en este atolladero, sacó su espada de la vaina, la tendió sobre el arroyo ante el animalito y éste cruzó de inmediato por encima de la espada desnuda. Tras esto observó cómo el animal continuaba andando hasta que se detuvo ante una montaña; había allí un agujero por el que se coló. Pasado un rato volvió a salir por esa misma abertura, cruzó el arroyo por encima de la espada y, de un salto, volvió a meterse en la boca del adormecido rey, de la que había salido.

Gundram despertó poco después y en ese mismo instante le contó a su vasallo que había tenido un sueño muy extraño. Había soñado que cruzaba un río por un puente de hierro y llegaba hasta el interior de una montaña hueca, donde había visto grandes montones de oro. Su compañero de armas le contó entonces lo que había sucedido en realidad. Ambos se pusieron en camino y llegaron hasta la consabida montaña, donde hallaron un ingente tesoro de oro que estaba allí oculto desde tiempos inmemoriales. De ese exquisito oro el rey mandó después hacer sagrados cálices.

Publicado en el número 24 de las *Friedensblätter (Pliegos pacifistas)*, 1815, p. 95.

Un cuentecillo



Érase una vez, hace muchos, muchos años, una pobre mujer; aunque era tan pobre, le hubiera gustado tener un niño, pero no llegaba ninguno y no pasaba noche ni día en que no lo anhelara más que el enfermo anhela una bebida fresca o el tabernero huéspedes con ganas de jugar. Aconteció entonces que el marido de esta mujer pensó: «Voy a ir al bosque a por unos haces de leña, así saldré de casa y dejaré de oír este lamento constante». En éstas se marchó, buscó la leña y estuvo ocupado todo el santo y largo día, y por la noche regresó a casa con un buen atajo de leña que dejó en la sala. Y mira por dónde, salió de entre

las ramas secas una culebrilla, pequeña y escurridiza; apenas la vio la mujer, sacó de su pecho un profundo suspiro y dijo:

—Las culebras tienen sus culebritas, las personas sus hijos; yo, pobre mujer, estoy sola en el ancho mundo, sin hijos, como un árbol maldito que no da frutos.

Al oír estas palabras la pequeña culebra levantó su cabecita y miró a la mujer:

—Deseas un hijo y no tienes ninguno; tómate a mí en lugar de a tu hijo, te querré como a mi verdadera madre.

Al principio la mujer se asustó mucho al oír hablar a la culebra, pero pronto recobró el ánimo y respondió:

—¡Sea! Me contento con esto, y si te quedas a mi lado te cuidaré y te protegeré como si hubieras yacido bajo mi corazón.

El campesino tampoco tuvo nada en contra de que la culebrilla se quedara en casa y creciera allí; la mujer le asignó un rincón de la sala para dormir y todos los días le llevaba leche y buenos bocados, y poco tiempo después se habían acostumbrado ya unos a otros, los humanos a la culebra y la culebra a los humanos, y pensaban simplemente que siempre habían estado así. Pero la culebrilla creció y con el buen alimento fue desarrollándose más y más cada día y, cuando hubo crecido del todo, se convirtió en una serpiente poderosa y grande, a la que la sala le resultaba demasiado estrecha. Un día se incorporó y dijo:

—Padre, quiero casarme.

—No tengo inconveniente —dijo el campesino—, ¿cómo lo hacemos? Te buscaremos una serpiente hembra, que sea igual que tú, con la que puedas celebrar una boda.

—No quiero emparentar con serpientes ni dragones que se arrastran por entre espinos y matorrales, deseo a la hija del rey; ve, mi campesinito, no me hagas esperar mucho, ve a ver al rey y cógela, y si te pregunta por el novio, di tan sólo que es para una serpiente.

El campesino se puso en marcha a todo correr sin pensárselo mucho, y, cuando llegó al castillo del rey, dijo:

—Señor rey, el mensajero no es culpable de las nuevas que trae; os saludo de parte del prometido de vuestra hija y vengo a recogerla.

—¿Y quién es el que quiere casarse con mi palomita?

—Una serpiente, señor rey.

Entonces el rey se dio buena cuenta de que decía tonterías, pensó en librarse rápidamente del campesino y repuso:

—Bien dicho, pero el trato aún no está cerrado: mi hija no tendrá a la serpiente hasta que esta haya convertido todas las manzanas y los frutos de mi jardín de recreo en oro.

El campesino se marchó y le contó esto a la serpiente, que dijo:

—¿Sólo es eso? Campesinito, mañana temprano, en cuanto se haga de día, sal a la calle y recoge todos los pipos y huesos que allí encuentres; cógelos y siémbrales en el jardín de recreo, ya verás.

Y apenas hubo lanzado el sol su primer rayo, mi campesino salió a la calle con un cesto en la mano y recogió todos los pipos de melocotones, ciruelas, cerezas, duraznos, albaricoques y guindas que había entre la basura y los adoquines y los sembró en el jardín del rey; al instante, nada más girar la mano, los pipos germinaron y echaron ramas, hojas y frutos de un oro rojizo, tan luminoso y reluciente que el rey se quedó asombrado; aunque al pensar en lo que había prometido, se sobresaltó mucho. Pero la serpiente exclamó:

—Campesinito, ve y coge a la novia.

Así pues, el campesino fue a cobrar lo prometido, pero el rey no pensaba en dar ni entonces ni nunca a su hija a la serpiente y dijo:

—Si el novio serpiente sigue queriendo tener a mi hijita, primero tendrá que convertir los muros y el suelo de mi jar-

dín en piedras preciosas, de lo contrario se irá con las manos vacías.

El campesino fue y le contó esto a la serpiente. La serpiente dijo:

—¿Sólo es eso? Mañana temprano, cuando se haga de día, ve y recoge todos los pedazos de cacharros rotos que puedas juntar y échalos por todo el jardín y los muros del rey, así verás tu milagro.

Así pues, por la mañana temprano, nada más salir el sol, el campesino se colgó un saco del cuello y fue echando en él todos los pedazos que encontró de pucheros, fuentes, ollas, tiestos, vasijas y asas y, tal como le había ordenado, los llevó al jardín del rey; en no más de un abrir y cerrar de ojos, suelo y muros refulgían y, repletos de los más luminosos diamantes, rubíes, jaspes y esmeraldas, lanzaban destellos tales que uno quedaba ciego al mirarlos y, si el rey se asustó la primera vez, en esta ocasión se sintió aún mucho peor, y le pesaba como una piedra en el corazón lo que había de decir cuando llegara el mensajero de la serpiente y le pidiera a su hija. La serpiente exclamó:

—Campesinito, apresúrate a traerme a casa a mi novia.

Pero cuando el campesino se dispuso a cobrarla, el rey se lo había vuelto a pensar y respondió:

—Todavía no hemos llegado a ese punto; si quiere a mi hija, antes tendrá que transformar todo mi palacio en puro oro.

Tras esto el campesino se fue y le llevó la noticia a la serpiente, que dijo:

—¿Sólo es eso? Estará hecho rápidamente; ve, haz un hatillo con todo tipo de hierbajos, caseros y silvestres, y pásalo por los fundamentos del palacio del rey, enseguida verás lo que sucede.

Allá fue mi campesino, cogió rudas, perifollos, hinojos, cardos y ortigas, hizo con ellos un hatillo y se dirigió con él hasta los muros del palacio, por cuya parte inferior pasó las hierbas; al punto, antes de que hubiera podido decir una

sola palabra, el palacio empezó a brillar y a refulgir de puro oro.

—Campesinito, corre y tráeme a casa a mi novia.

Llegó entonces el campesino y el rey lo vio venir ya desde lejos; pero ya no tenía excusa ni respuesta, pensaba también en las preciosidades que la serpiente le había proporcionado y en que tal vez no sería tan mala cosa tener un yerno tan acaudalado, así que dijo:

—Haz que venga el novio, pues hoy mismo se celebrará la boda.

El campesino se marchó por su camino, pero el rey hizo venir a su hija, que se llamaba Grauhild y era preciosa:

—Queridísima hija, te he prometido en matrimonio a un pretendiente extranjero y no puedo romper mi promesa.

—Queridísimo señor y padre —dijo Grauhild—, en todo lo que me ordenáis os soy fiel y obediente —y, cuando aún tenía la palabra en la boca, llegó culebreando una serpiente tan enorme y tan gruesa que todos los cortesanos se echaron a temblar como las cañas al viento, y el rey y la reina sintieron un gran temor y todos huyeron presos de miedo. Grauhild, sin embargo, permaneció allí completamente sola, pensando: «Lo que haya de sucederme, me sucederá. Mi padre me ha escogido este pretendiente y nadie debe resistirse a su destino». La serpiente avanzaba y se aproximaba cada vez más, y cuando llegó junto a Grauhild, extendió la cola en torno a ella, de forma que la joven parecía estar sentada sobre un anillo, y se la llevó consigo a la cámara nupcial. Pero apenas habían entrado ambos en el dormitorio, la serpiente corrió el cerrojo y se despojó de la piel, y vaya por dónde, entonces se convirtió en el joven más hermoso que jamás se había visto en el mundo, y sus rizos resplandecían en su cabeza igual que los rayos del sol. Pero el viejo rey casi se había quedado petrificado del susto al ver marcharse así a su queridísima hija con la serpiente, y si alguien le hubiera tenido que hacer una sangría, no habría salido una sola gota de sangre de sus venas; así que

cuando se corrió el cerrojo, aún se sintió mucho más aterrizado.

—¿Oyes, mujer —dijo—, cómo se corre el cerrojo? Ahora el maldito dragón ya tiene a nuestra adorada hija en su poder y la aplastará, igual que se aplasta un huevo con la mano.

Con estos pensamientos se sentía en secreto impelido a acercarse para ver si aún podía hacer algo, y al llegar ante la puerta del cuarto encontró por suerte una rendija por la que se podía mirar un poco al interior. Al mirar vio en el suelo la piel que la serpiente había arrojado allí y al apuesto joven descansando junto a su hija en el lecho. Entonces no pudo contenerse más de pura alegría, forzó las puertas, agarró la piel de serpiente y la echó al fuego, donde ardió a toda velocidad. El joven, al ver esto, gritó desesperado:

—¿Qué es lo que me habéis hecho? —al instante se convirtió en una paloma y salió volando de la cama dispuesto a huir de allí, sólo que todas las ventanas estaban cerradas.

Entonces se apresuró a golpear con el piquito y la cabezita un cristal, y a picotear hasta que se rompió y pudo atravesarlo. Pero, desgraciadamente, la abertura era demasiado pequeña y estrecha y la huida demasiado rápida, de manera que la paloma pudo colarse por ella, pero se hizo unos lastimeros cortes en el cuerpo con las esquirlas del vidrio. Y así, la pobre novia se vio de repente sentada en el banco de las penas, contemplando cómo su dicha se diluía rápidamente. Los padres la consolaron de todas las formas posibles, pero nada le servía. Así que cuando llegó la noche y todo el palacio se adormeció, Grauhild se levantó, cogió todos los anillos y alhajas que tenía, y salió del castillo del rey por una puertecita secreta, firmemente decidida a no parar ni a descansar hasta haber vuelto a encontrar a su querido esposo.

La noche era fría y la luna brillaba en el cielo; un zorro se le acercó:

—¡Buenas noches te dé Dios, Magdalenita linda!

—Muchas gracias, maestro zorro.

—¿Me permitís ir con vos?

—Claro que sí, ¿por qué no? No conozco bien los caminos y veredas.

Así que continuaron el camino juntos y, pasado un rato, llegaron a un sombrío bosque en el que los árboles susurraban como lo hacen los niños cuando juegan entre sí. Pero los dos caminantes estaban fatigados y se sentaron a descansar en un arbusto; junto a una fuente de frías aguas, se hicieron unas almohadas de verdes hierbas, las colocaron bajo sus cabezas y durmieron toda la noche. Cuando asomó el día por la mañana temprano, se despertaron alegres y se prepararon para el viaje; las avecillas del bosque cantaban y trinaban en el cielo, en lo alto de los árboles, que era un auténtico primor, y Grauhild, apenas había dado un par de pasos volvía a pararse otra vez para escuchar su dulce canto, pues encontraba en ello un gran placer. El zorro se dio buena cuenta y dijo con gesto inteligente:

—Mucho más te gustaría todo si entendieras las palabras que intercambian en su lengua.

—¡Caramba! Si entiendes el lenguaje de las aves, dime entonces qué es lo que están diciendo.

La joven era curiosa, como lo son las mujeres, pero el zorro era astuto, como lo son los zorros, y se hizo mucho de rogar sin contestarle.

—Dímelo, querido compadre —dijo Grauhild—, estamos viajando juntos muy a gusto, hoy también lo estaremos todo el día.

Y como cada vez hablaba más, el maestro zorro al fin se dejó convencer y dijo:

—Estas aves están hablando entre sí de una gran desgracia que le ha acontecido al hijo de un rey; este príncipe nació orgulloso, como un árbol delgado; una bruja se enamoró de él, pero él no quería ni oír hablar de la bruja; entonces para vengarse lo maldijo y lo convirtió en serpiente

durante siete años, y cuando los siete años hubieron pasado, se enamoró de una princesa y se casó con ella, y en la cámara nupcial se despojó de la piel de serpiente y se convirtió en un hermoso joven; pero el rey, el padre de la novia, vio la piel en el suelo y la quemó en el fuego, entonces el joven ya no tenía donde refugiarse y tuvo que marcharse y al tratar de escapar en forma de paloma, rompió el cristal y se cortó con el vidrio de tal manera que ni un solo médico da en este momento algo por su vida.

Ahora cualquiera puede imaginarse cuán consternada y alegre se sintió Grauhild al oír narrar sus propias penas, consternada por las penas de su esposo y alegre, sin embargo, por tener noticias de él, pero hizo como si la cosa no fuera con ella y preguntó:

—¿Qué príncipe es ese y dónde vive? Sería terrible que no hubiera remedio ninguno para él.

—Remedios sí que hay, sólo que los médicos no los conocen —respondió el zorro—. Los pájaros han dicho también: «El padre del príncipe vive en este Valle Profundo. Nada en el mundo puede curar las heridas de su cabeza a no ser que cojan nuestra sangre, la de los que esto cantamos, y unten al príncipe con el unguento hecho con ella». Al instante Grauhild se echó a los pies del zorro:

—Querido compadre y maestro zorro, eso sería algo hermoso, ¿no vamos a merecernos la recompensa de curar al hijo del rey? Atrápame a esos pajarillos para que les saquemos la sangre y por este servicio te irá bien el resto de tu vida.

—Tranquila, tranquila —dijo el zorro—, espera hasta esta noche, entonces esos pequeños pajarillos de vivos colores regresan al gran árbol para dormir y se aposentan en todas las ramas; entonces treparé y los atraparé uno tras otro.

Hasta ese momento pasaron todo el día entre conversaciones acerca de lo apuesto del novio, de los temores del anciano rey y de la desgracia que luego había provocado con su impertinencia, y con estas conversaciones el día fue

poniéndose y la noche cubrió la tierra con su manto. No pasó mucho rato hasta que los pajarillos regresaron a casa uno tras otro y se fueron dispersando de árbol en árbol, de rama en rama; allí se posaron y cerraron los párpados. Entonces el maestro zorro se deslizó hacia ellos en silencio silencioso, con cuidado cuidadoso, y se encaramó al árbol, donde fue agarrando por turno a los pequeños pajarillos en gran número, verderoncillos y pinzones en la primera rama, en la segunda currucas y jilgueros, en la tercera gorriones y pardillos, en la cuarta rama oropéndolas y ruiseñores, en la quinta alondras y golondrinitas, y arriba del todo reyezuelos y papamoscas, posados en la copa del árbol, y cuando cogía a uno, le retorció el pescuezo sin piedad y lo tiraba al suelo. Pero Grauhild iba recogiendo cada uno de los pajaritos y colocándolos sobre una botella para que la sangre goteara en su interior y no se perdiera nada y, cuando hubieron terminado, Grauhild daba saltos de alegría porque el trabajo les había salido tan bien.

—No te alegres antes de tiempo, hija mía, crees haber hecho todo, pero aún no has hecho nada, pues para que la sangre de los pájaros te sirviera de algo habría que mezclar con ella también mi buena sangre zorruna, la sangre de los pájaros yo mismo sé bien cómo usarla.

Apenas hubo pronunciado estas palabras, se rio y puso pies en polvorosa. Grauhild se estremeció hasta lo más profundo de su ser, pero actuó, como todas las mujeres, lisonjera y aduladora:

—¡Márchate, zorro alocado —exclamó a sus espaldas—, tienes motivos para salir corriendo de aquí! Como si yo no te debiera nada y como si no hubiera más zorros en el mundo, cuya sangre me prestara el mismo servicio. A través del sombrío bosque yo sola, pobre niña, no encontraré jamás el camino al reino de Valle Profundo, donde se encuentra el príncipe enfermo, a no ser que tú me ayudes y me muestres los caminos y veredas.